

“Universidad y Política en Latinoamérica”

DARCY RIBEIRO,*

La crisis de universidades sólo puede ser entendida en el ámbito en que ella se inserta, de la crisis general que desgarrará internamente a las naciones latinoamericanas, sometidas a las presiones opuestas de los que quieren inducir las a la actualización histórica y de los que quieren elevarlas a la aceleración evolutiva. Estas presiones se ejercen sobre todas las instituciones, pero de modo particularmente grave sobre las universidades, dividiendo sus cuerpos académicos en grupos contrapuestos y desencadenando el terrorismo cultural sobre las más auténticas y eficaces.

Este cisma interno ya no opone los universitarios unos a los otros dentro de las líneas del pluralismo republicano, sino conforme a su postura modernizadora o autonomista. La primera está representada en los cuerpos académicos por dos tipos de profesores: el viejo *magister* tradicionalista que pro-

fesó un ideario mítico en nombre del cual hace todo para perpetuar la forma actual de la universidad; y el *académico modernizador* que se dejó ganar por centros exógenos de influencia y confía obtener ventajas de la ayuda extranjera, sin pagar precio alguno por ella. Los primeros, si no fueran ganados para una conciencia crítica con respecto a la nación y a la universidad, tenderán a actuar como agentes de voluntades externas, que expresan intereses opuestos a los de sus pueblos.

La postura autonomista está representada por los profesores y estudiantes poseídos de una conciencia crítica que los advierte de los riesgos de la modernización y los despierta para la lucha por el desarrollo autónomo de la sociedad nacional y de la universidad.

El cuadro en el que esta lucha se traba varía sustancialmente. Donde se

* Antropólogo brasileiro, fundador y primer Rector de la Universidad de Brasilia, ex-Ministro de Estado, Primer Presidente de la SOLAR y actual Vice-Gobernador de Rio de Janeiro, quien participó en el Congreso de Bogotá.

mantiene vigente un régimen liberal, la universidad consigue imponer un *modus vivendi* a las instituciones reguladoras del orden, preservando cierto grado de autonomía. Siempre que se rompe la legalidad democrática, sin embargo, aunque la universidad se reconcentre en una actitud reservada, evitando contactos con los nuevos cuerpos gubernamentales autocráticos, éstos acaban por entrar en choque con ella. Entonces sus casas de estudio son invadidas, sus profesores y estudiantes perseguidos, encarcelados y, muchos de ellos, expulsados de sus países. El carácter reiterativo de estas crisis no permite a ninguna universidad consolidarse porque, cuando una de ellas consigue desarrollar, a través de esfuerzos ingentes, una masa crítica mínima de recursos humanos y materiales para el ejercicio adecuado de sus funciones, justamente sobre ella recae la acción represiva. Así, a períodos de trabajo fecundo se suceden fases de conflagración, luego de las cuales hay que retomar las obras interrumpidas y las instituciones degradadas para rehacerlas y restaurarlas.

Se repite, de este modo, en América Latina de hoy algunas de aquellas coyunturas críticas que convulsionaron las universidades del pasado, en el curso de las cuales surgieron nuevos modelos de estructuración universitaria. En la más grave de estas crisis, correspondiente a las revoluciones liberales, la lucha se trababa entre los representantes de un saber nuevo, contemporáneo de la civilización industrial que emergía, y los guardianes eclesiásticos de la universidad tradicional. Estos conflictos asumieron formas diferentes en los diversos países. En todos ellos, sin embargo, el nuevo saber conquistó la ciudadela conservadora que era la universidad y la transfiguró, simultáneamente con la transformación revolucionaria de todas las instituciones, para servir a nuevas estructuras de poder.

Habiendo vivido reflejamente ese proceso, copiando, después de cristalizados, los nuevos modelos de organiza-

ción universitaria que entonces se crearon, estamos llamados a vivirlo, hoy, directamente. Pero ya no nos enfrentamos tan sólo con disidencias internas de la universidad. Luchamos contra fuerzas externas que, en su desesperación por mantener las estructuras vigentes de poder, juzgan necesario acallar y paralizar la universidad. Nuestros contendientes ya no son los clérigos, sino los militares formados también fuera de los medios académicos e igualmente sometidos a influencias extrañas. Son esos militares de nuevo tipo los que, al imponer su tutela sobre la nación, se lanzan con toda furia contra las universidades como uno de los blancos preferidos de su acción represiva, porque la definen como intrínsecamente subversiva. Estos profesionales de la subversión de las instituciones políticas, no admitiendo otro orden de subversión que no sea el suyo, identifican la universidad como un centro revolucionario, en la medida en que ella pase a cuestionar el orden vigente en lo que tiene de retrógrado, de injusto, de desigualitario y de incapaz de progresó. En estas condiciones, se vuelven más tensos los conflictos entre los custodios del *statu quo* y todas las fuerzas virtualmente insurgentes, inclusive — y a veces hasta principalmente — la universidad.

La intervención de estos jefes militares en la vida política latinoamericana responde, esencialmente, al fracaso de las clases dominantes nativas que, al no conseguir asegurar un mínimo de progreso autónomo a sus sociedades, se volvieron incapaces de preservar las instituciones republicanas. Ante elecciones que fatalmente perderían — dado el descontento de la población y la emergencia de nuevos liderazgos reformistas o revolucionarios que le disputan el poder —, la vieja clase se alía a los militares para imponer regímenes de excepción. Estos se constituyen como una entidad nueva en la vida política de América Latina porque no son identificables con las antiguas autocracias militares tradicionales en la región, por el carácter nacionalista y hasta progresista de algunas de ellas

en relación con el perfil retrógrado de los nuevos gobiernos militares. Su característica más saliente es su falta de compromiso para con el progreso y la autonomía nacional, que ellos sacrifican sin el menor escrúpulo al único valor al que efectivamente rinden culto: la preservación del viejo orden institucional y principalmente de sus sustentáculos económicos: el latifundio rural y la libertad de movimiento para las grandes corporaciones internacionales.

Su función efectiva es la de agentes internos de programas de actualización histórica de América Latina, regidos por América del Norte en nombre del combate al comunismo; pero destinados, en realidad, a defender los intereses invertidos en un sistema de intercambio y de expoliación que nos condena al atraso, bien que les sea altamente lucrativo.

Esta falta de compromiso con el progreso y con la autonomía nacional contrasta las autocracias regresivas de América Latina con las de tipo nazi-fascista. Estas últimas, a pesar de su carácter reaccionario, se preocupaban, en cierta forma, del progreso social y del desarrollo nacional autónomo y se oponían a los centros de poder tradicional del imperialismo. Las nuevas autocracias son simplemente un mecanismo despótico de control del poder para preservar, a cualquier costo, los privilegios de una minoría nacional retrógrada, a costa de la condenación de sus pueblos a eternizarse en el atraso y en la penuria.

Tales son los regímenes regresivos que se multiplican por América Latina, presentándose como procedimientos preventivos contra la amenaza comunista de subversión del régimen. Pero implantándose, efectivamente, para evitar que la voluntad generalizada de reforma y las aspiraciones de progreso de las poblaciones latinoamericanas encuentren formas de ejercerse democráticamente.

Estas características de las dictaduras regresivas las oponen a los univer-

sitarios, haciendo de estudiantes y profesores, de un lado, y de los custodios del régimen autocrático, del otro, contendores irreductibles. Esta oposición se volvió frontal desde el término de la guerra, cuando los militares latinoamericanos, solos y privados de la ayuda de la intelectualidad de sus países, tuvieron que redefinir su papel y su función dentro de una coyuntura mundial que cambiaba radicalmente y que propiciaba ciertos movimientos de reforma institucional y de emancipación con respecto a la expoliación neocolonial.

Es fácil imaginar la perplejidad de esos militares al ver transfigurarse la coyuntura internacional de múltiples potencias hostiles unas a las otras, que permitían cierta libertad de maniobra, para dar lugar a la hegemonía mundial norteamericana de postguerra que volvía aparentemente inevitable la integración de América Latina en su esfera de poder, como área neocolonial.

Mayor aún fue su perplejidad ante la obsolescencia de sus armas y tácticas frente a nuevas formas de guerra, sobre todo la termonuclear, que implicaban contenidos técnico-científicos y costos financieros infinitamente superiores a las posibilidades de sus países. Es frente a esa situación nueva que los militares de América Latina, teniendo que redefinir su papel, se vieron atraídos por las campañas de "adoctrinamiento" llevadas a cabo por América del Norte para convertirlos en tropas locales puestas a su servicio.

Desde entonces, se va forjando una nueva concepción estratégica que apunta a la subversión comunista internacional como el enemigo fundamental a combatir; que reserva a las fuerzas armadas latinoamericanas el papel de tropas auxiliares de lucha antisubversiva; y que define como subversión cualquier movimiento social o político tendiente a promover las reformas estructurales indispensables para que las naciones latinoamericanas también vean abrirse perspectivas de desarrollo autónomo y continuado.

La separación tradicional entre universitarios y militares —graduados en diferentes escuelas superiores, sometidos a influencias externas distintas— facilitó un aislamiento creciente entre las concepciones de unos y otros con respecto a la nación y a la coyuntura mundial en que ella vive su destino y a sus respectivos papeles sociales y políticos. En estas circunstancias, precisamente en la etapa en que en América del Norte las fuerzas armadas se aproximaron más a las universidades, en la convicción de que sólo allí encontrarían los cuadros de alto nivel científico y tecnológico para alcanzar sus designios, en América Latina los militares y los universitarios entraron en conflicto abierto. Estas dos posturas no son, en realidad, opuestas, sino complementarias, dentro de una estrategia general que predefine el papel de las fuerzas armadas en las áreas céntricas y en las periféricas. La aceptación pasiva de una posición periférica es lo que imposibilita a los militares latinoamericanos la percepción del valor estratégico de la ciencia y de la tecnología que se cultiva en las universidades. Concibiéndose a sí mismos como fuerzas auxiliares que sólo necesitan adiestrarse para maniobrar material importado, ven a las universidades de sus países como instituciones superfluas y como meros focos de agitación subversiva.

Una aproximación entre estos dos segmentos de la sociedad era tal vez posible, una vez que un número creciente de universitarios manifestaba la disposición de utilizar los recursos de educación y de investigación de las universidades para la lucha contra el atraso de sus países y que muchos militares de orientación nacionalista, aunque derechista, aspiraban a formular un proyecto propio de desarrollo nacional autónomo. Jamás se acercaron, sin embargo, y hasta se separaron aún más cuando las izquierdas pasaron a proclamar, con base en la experiencia cubana, que todos los militares eran irrecuperables para la democracia. En estas condiciones de alejamiento es que muchos de los profesores y científi-

cos más respetados por su lucha contra el atraso, como diversos militares de orientación nacionalista y progresista, acabaron siendo proscritos de las universidades y de las fuerzas armadas por los altos jefes ganados por el "adoctrinamiento" norteamericano.

Estas dos concepciones opuestas fueron madurando desde formas larvales hasta procedimientos activos que se manifiestan en choques dramáticos entre estudiantes y profesores desarraigados, pero concebidos como extremadamente peligrosos, y militares superarmados, que se definen como custodios del orden vigente. En el empeño por mantenerlo intacto, desencadenan golpes preventivos, invaden universidades y, sobre todo, cierran justamente aquellas en que mejor se cultivan la ciencia y la tecnología. Este desencuentro fue agravado en los últimos años y ya son tantas las intervenciones militares en las universidades que, hoy, hay un mayor número de científicos y estudiosos latinoamericanos de alta calificación fuera de sus países, debido a la persecución política, que por otra causa cualquiera, inclusive la tan discutida fuga de talentos. En realidad, las naciones latinoamericanas están sufriendo una sangría de intelectuales, científicos y tecnólogos de proporciones equivalentes a las que experimentó España en el pasado y que sumergió sus universidades en una mediocridad de la que hasta ahora no consiguió recuperarse. Esta intelectualidad expulsada de sus países, precisamente la más independiente y creativa, fue formada a través de décadas de esfuerzo y al costo de enormes inversiones nacionales. Su pérdida definitiva sería un daño irreparable.

Este éxodo de profesores se inserta tanto en el ámbito de los conflictos políticos entre universitarios y militares que constituyen su causa principal, como en el ámbito de la campaña de colonización cultural de que América Latina está siendo objeto. En efecto, los profesores expulsados van, en su mayoría, a América del Norte, juntándose a los millares de técnicos y profesores

que las universidades y los centros de investigación de aquel país atraen directamente con su rica escala de salarios y con las facilidades que proporcionan a la actividad creadora. En ciertos casos, como ocurre hoy con el Brasil, este éxodo está aún agravado por la sustitución de los profesores que emigran, por toda suerte de agentes oficiales de programas norteamericanos de asistencia y de ayuda que, en funciones docentes, asistenciales y policiales, vienen a "modernizar" nuestras universidades.

Nadie ignora que una serie de órganos internacionales y nacionales de otros países tienen, hoy, ideas muy precisas acerca del tipo de universidad que nos conviene; sobre la investigación que nos cabe realizar y sobre la naturaleza de la enseñanza que debemos suministrar.

Las actitudes asumidas por los universitarios latinoamericanos ante este peligro se pueden clasificar básicamente en dos tipos: una puramente evitativa, que consiste en denunciarlo a través de meros actos de indignación moral y cívica; y otra cosmopolita, que argumenta con la pobreza y las dificultades existentes para atender los requisitos mínimos del desarrollo cultural, propugnando por una complementación internacional que permita recibir las generosas donaciones que se ofrecen. Tanto el mero aislamiento que encierra a nuestra universidad en sí misma aumentando el desnivel cultural en que nos encontramos, como la actitud abierta e ingenua que permite y hasta aspira a una integración sin el conocimiento de los objetivos y de las intenciones que hay detrás de esas posibles ayudas, son posturas suicidas para la universidad.

Cuando se piensa en la generosidad con que fundaciones, banqueros y gobiernos extranjeros ofrecen préstamos dadivosos y patrocinan investigaciones, envían expertos solícitos en dar consejo y promueven conferencias interamericanas en las que la integración interuniversitaria alcanza el mismo

nivel de importancia que los problemas del mercado común o de la defensa continental, cabe preguntarse: ¿qué hay detrás de todo ello? Y si bien no es posible sostener que toda la ayuda y todas las intenciones son intrínsecamente malas, ni que todas las reformas propiciadas son totalmente inconvenientes, es indispensable afirmar que ellas tienen contenidos políticos no explicitados.

La única forma de responder a esta política intencional de colonización cultural, es realizar un análisis serio de toda su fachada generosa, que trate de develar sus propósitos ocultos y, sobre todo, formular explícitamente el modelo de universidad que conviene a nuestros países sobre la base de un estudio objetivo y realista de los problemas de la enseñanza superior y de la investigación científica y tecnológica a que nos enfrentamos.

Un argumento muy utilizado en favor de la aceptación de la ayuda extranjera es el de quienes dicen que, de rechazarla, las universidades latinoamericanas tendrían que paralizar casi toda la actividad científica que realizan, porque la misma depende casi exclusivamente de esa ayuda. De ello se desprende, por un lado, que nuestras universidades están incorporadas a un sistema internacional de investigación con una función subalterna bien definida; y, por otro, que las financiaciones externas se hacen en cumplimiento de un programa que expresa una política deliberada hacia nosotros.

Sería demasiado ingenuo pensar que los Estados Unidos de América, tan hábiles y fríos en toda su acción internacional —aunque también tantas veces desastrados— dejen un campo de actividades de importancia tan decisiva como el de la actividad científica y el de la vida universitaria, librado al azar de las acciones desconectadas e improvisadas de diversos organismos públicos o privados. Todo indica que estos organismos están relacionados por pactos y que actúan mancomunadamente en un esfuerzo conjunto de

colonización cultural de toda América Latina. Todo indica, además, que los planes de reforma universitaria formulados o inspirados por técnicos de tales organizaciones, responden a intenciones bien conocidas para ellos aunque no explícitas para nosotros. Es indispensable enfatizar que la única manera de responder a esta política intencional para con nosotros es tener, nosotros mismos, una política igualmente lúcida en relación con ellos.

Sólo por este camino podremos alcanzar, en algún tiempo previsible,

aquel grado mínimo de madurez científica que nos permita experimentar un desarrollo autónomo de la cultura nacional. Sólo así seremos capaces de crear, un día, la universidad que necesitamos: una universidad orgánicamente estructurada, que atienda a nuestras carencias. Para eso debemos orientarla no hacia un desarrollo reflejo como el que resultaría de proyectos ajenos, sino hacia un desarrollo que parta de la formulación de proyectos específicos que correspondan a nuestras aspiraciones de autosuperación y de progreso autónomo.